

# Una mirada sobre Taizé

Joaquín Riquelme Ribas

Del Movimiento de Taizé

A mis padres y amigos

**F**undada hace sesenta años de la mano de Roger Shultz, la comunidad de Taizé va a celebrar entre el 28 de diciembre y el 1 de enero en Barcelona un Encuentro Europeo continuación de los que desde hace más de veinte años llevan celebrándose en ciudades como Londres, París, Praga o Varsovia. El propósito de este como de todos los encuentros que se han celebrado hasta la actualidad es intentar acercar la realidad de la Comunidad al conjunto de la sociedad y la iglesia local. El artículo que presentamos a continuación sin querer obviar la figura del Hermano Roger y de la influencia de Taizé en el movimiento ecuménico, se centra en el papel que Taizé ha tenido y tiene en la renovación de la tradición monástica dentro del cristianismo. Creemos que es una buena manera de adentrarnos en el interior de lo que es e intenta ser Taizé en la Iglesia a esta altura del año 2000: una voluntad de comunión y de reconciliación alrededor de la que para un cristiano es el centro de su fe, esto es, la creencia en el Cristo Resucitado; la creencia en que en el fondo de toda realidad, hay algo más que la Muerte, la

Nada —o mejor dicho «nada»—; que en el interior de cada cosa, de cada persona existe una Confianza, una afirmación, un Amor.

### En la crisis del humanismo

Aún así no se puede negar que para un mundo y para una situación histórica como la que vivimos, esta afirmación suena como mínimo «extraña», «irreal» o incluso «curioso». Y es que nuestra cultura, cuando menos en su corriente principal, parece incapaz de buscar una manera gratuita de admirar, de amar, de asombrarse, absorbida como está en su autocontemplación; en una opacidad, en una forma que sólo debe «estar en el mundo» basada simplemente en el pensamiento y el deseo. Tanto es así que, para muchos, todo conocimiento que se precie de la realidad tiene la necesidad de basarse en una inteligencia que funcione sobre ideas y sistemas. Mientras el uso de las palabras, del lenguaje, tiende más al monólogo y la violencia como expresión del poder y la posesión que a una verdadera comunicación.

Todos estos síntomas apuntan al hundimiento del rasgo más importante —o cuando menos más

positivo— que ha dado nuestra cultura: el humanismo, el en otra hora rey del universo, el ser humano, se reduce a un ser in-significante, sin carácter, ni autonomía, incapaz de trascender a su propia realidad.

La raíz de todo el anti-humanismo moderno se basa en un reduccionismo que limita el universo a un mundo compuesto de espacio eterno y de tiempo eterno, rechaza a la eternidad como algo completamente ajeno a nuestro espíritu, reduce la historia a la naturaleza, y convierte a la sociedad en una «masa indefinida» en la que únicamente se subrayan las grandes líneas de la evolución. De aquí proviene la tristeza y la amargura que sufre el hombre moderno, encajonado en un universo en el que no encuentra su lugar, y en el que todo progreso se relaciona con lo puramente cuantificable y visible. Hablando en términos funcionales, el hombre se asume como un algo no muy diferente de un virus o una bacteria.

### Nuevos horizontes

Quizá por las consecuencias prácticas que esta forma de ver el mundo ha tenido y tiene sobre el ser

humano, parece como si tomase forma la conciencia de que nos estuviéramos situando al final de un mundo dominado por la perspectiva del mundo moderno y viéramos aparecer en el horizonte una nueva visión del mundo.

Así la alternativa actual parece ser, una vez desechada la religión tradicional, o una interioridad sin alteridad o —a la manera típicamente occidental— la afirmación de la diferencia, de la indiferencia incomunicable de unos seres únicos que son como islotes en un océano de soledad. Habría que preguntarse si ambas interpretaciones aparentemente irreconciliables, no se asemejan en algo fundamental: el desconocimiento o el rechazo del otro. Esto es, si la mística impersonal y la individualidad a macha martillo sigue sin ser capaz de entender no solo la figura del Cristo Resucitado sino al otro en su alteridad. ¿No serán tales posturas, al fin y al cabo, el anverso y el reverso de cierto pensamiento de nuevo cuño caracterizado por un especie de —por llamarlo de alguna manera— «ateísmo místico», cuyo único fin se reduce a la búsqueda de lo Bello como Bien, a la contemplación de lo bello como instante de eternidad para un individuo que busca autocontenerse, constituirse, «realizarse» en un pequeño dios?

Esto nos hace ver —desde un punto de vista cristiano— la tremenda ambigüedad que el impacto de la secularización posee, en tanto que, si bien ha supuesto un freno a la voluntad de poder que ha existido desde siempre en la Iglesia, que le impedía poder ser pobre y libre, por otra parte, ha dejado sin respuesta a la existencia a grandes masas de población. En este aspecto la secularización no ofrece ninguna respuesta. Por eso creemos que —y ésta es nuestra tesis— se podría replantear esta respuesta desde la oración de la Iglesia de Cristo, desde la elección

y la plegaria por el Dios, por el Cristo Resucitado.

### Taizé hoy

En esta situación, produce esperanza conocer, saber, que existen lugares como Taizé en donde se intenta compartir en silencio, mediante una vida en común, una liturgia, una oración y unas breves meditaciones el misterio cristiano, el misterio de la Resurrección; lugares donde la comunión se construye, y donde cada uno es acogido tal y como es, sin ser juzgado; lugares donde no se pide un pasaporte dogmático, sin por ello ocultar que se reúnen en torno a Cristo y que un camino empieza para quien lo desea.

No creemos que ésta sea una mala manera de ver Taizé. En este sentido, el paso del tiempo, ha clarificado en gran parte «lo que es Taizé»; ha señalado lo que es fundamental: Taizé no es solamente una comunidad ecuménica, no es solamente una comunidad que estuvo más o menos en boga en los años sesenta o que surgió de las heridas de la segunda guerra mundial. Es esto y mucho más; o mejor, es esto en cuanto se asienta, hecha sus raíces en lo profundo, en la rica y fluida corriente subterránea que aflora permanentemente en lo fundamentalmente cristiano, expresado en toda su desnudez y simplicidad: que Dios ama al mundo, ama a cada uno de nosotros personalmente y lo demuestra en Jesucristo, en el Cristo Resucitado.

Además, a sabiendas de que todo proyecto cristiano de futuro caerá en el vacío si no está orientado a Cristo, y que toda acción que no tenga sus raíces en la contemplación está de antemano condenada al agostamiento, en Taizé la vida se ha centrado en la contemplación y la oración, atenta, abierta de forma y manera siempre nue-

va a lo que Cristo dice y quiere, es el centro de la vida en comunidad. Y es que la mejor forma de entender Taizé es haciendo un poco de cristología y entender, saber, a Quien se reza, a Quien se dirigen las tres oraciones que cada día resuenan en la iglesia de la Reconciliación.

### La comunión del Cristo Resucitado

En Taizé la vida se centra en el Cristo Resucitado, en el Dios trascendente —tan trascendente— que se hace hombre, que se «abaja» en una accesible eternidad, que viene sin cesar hasta nosotros, y que se revela en el interior de cada uno; el Dios que toma el rostro de hombre y nos permite reconocer en Él a todo rostro humano; el Dios que se arriesga, que se encarna en alguien que —a través de su muerte y Resurrección— se nos presenta como «hombre-Máximo», asumiendo en Él a todos los seres humanos, que fundamenta al ser humano y a la creación entera.

Esta historia tan repetida —y en muchos casos tan poco entendida— se celebra en Taizé a lo largo de la semana, como si de una Semana Santa se tratase. El día «Grande» es el domingo, en él se celebra como en todo domingo de resurrección, que Cristo resucitó y que cuando menos para quienes «con temor y temblor» intentamos ser cristianos— se abre y se sigue abriendo a todo ser humano, caminos inesperados de Resurrección, de comunión liberadora. Con esto se intenta señalar dónde reside el misterio cristiano por excelencia, la pretensión más paradójica, y a la vez más excepcional y característica, que presenta el cristianismo: que Cristo ha tomado en sí la naturaleza humana, a toda la humanidad, todos los dolores de la historia, todo el mal y el ho-

rror del mundo en Él, hacia la comunión de la Resurrección, hacia la liberación por el amor, por el amor sin límites de todo aquello que está condenado a la muerte mediante la distancia y la ternura, la cercanía y la interioridad. Más interior que nosotros mismos, intimidad sin límites, Dios se abre y no se separa de nadie, nos enseña que podemos tener —incluso en los momentos más difíciles— confianza en que la Resurrección tendrá la última palabra, en que la vida tendrá la última palabra, en que en Dios encontraremos la «alegría de ser».

Estamos ante un Dios que no debería pasar inadvertido ante quien intente centrar su vida en un humanismo consecuente, en tanto que es un Dios que es comunión, un Dios misterio del amor que ha venido a crear una comunión con todo ser humano, con cada signo implícito de comunión humana, con cada hombre que busca, venga de donde venga, sea de donde sea, un diálogo desde la pluralidad, desde el hombre libre de corazón inquieto que busca más allá de tal o cual sistema, que busca la libre apertura a un Dios que se revela, se muestra en el carácter abierto de las diferentes concepciones del mundo.

Como puede verse, una de las grandes virtudes de Taizé es romper con la idea de un dios terrible, del dios «Todo-todopoderoso» creador de una creación al mismo tiempo maravillosa y mal hecha. Por el contrario, se nos presenta, como un Dios «impotente»; esto es, con el único poder de crear otras libertades, capaces de valorar el bien y el mal, de abrirse o no a

Él. Dios no puede actuar en el mundo más que a través de corazones libres, de corazones que se abran libremente a Él, y liberen a la libertad del desamor tornándola responsable y creadora. Dios sólo puede ser misericordioso, no puede imponernos nada sino que actúa como flujo de luz y paz; no

tiene la última palabra porque Dios es Comunión.

Evidentemente, concebir a semejante Dios como núcleo de lo real lleva a entender al mundo, al ser humano, a la humanidad y a la Iglesia misma de una manera nueva, a reformular ciertas concepciones del ser humano y de Dios,

tendientes más al legalismo y a la pura casuística, por otras que tengan más presente la relación, la vinculación del creyente con Dios. Esto es, plantear de nuevo la pregunta por el sentido, más allá de una enfermiza concepción del pecado que ha predominado en ciertas formas del cristianismo «histórico». En Taizé, desde el lenguaje

del silencio en la oración se crea un nuevo lenguaje del sentido, de lo positivo, de la afirmación de lo esencialmente cristiano.

Así desde el punto de vista del Cristo Resucitado, el hombre se concibe como un ser situado entre el profundo deseo de ser, de comunión, de confianza y el misterio de la separación, entre la limitación por el espacio y el tiempo y la salvación ofrecida por Cristo.

El misterio de la separación se asume como el misterio de la desesperación, del fracaso, de la incompreensión, de la incapacidad de amar; de la imposibilidad de encontrar una consistencia personal a la belleza, a la bondad, a la Verdad, en un mundo, en una existencia que parece abocada a la muerte. Desde un punto de vista cristiano todo esto a su vez se centra, se reconcentra en el misterio de la incompreensión, el olvido del alcance y el poder de la Resurrección, de la bondad de Dios, esto



#### Nota

Para más información y colaboración podéis contactar con la

#### Acogida de Taizé en Barcelona

(93 487 39 94)

y

#### Acogida de Taizé en Madrid

(91 559 19 19)

Otras acogidas: Albacete, Asturias, Baleares, Córdoba, Ciudad Real, Granada, Lleida, Navarra, Salamanca, Tarragona, Toledo, Tortosa, Valladolid, Valencia, Vizcaya, Zaragoza.

crea el infierno —el infierno nos lo creamos nosotros— pero no cesa de bajar a él para liberarnos, para interponerse entre nosotros y la Nada. Dios nunca castiga, no da miedo, no condena, solo nos puede dar su amor, nos salva e ilumina con su luz. Y esa luz con su lucida ternura, nos lleva a juzgarnos. Cristo destruye todo muro de separación. La cruz es la condena de la condenación. El mal no

es, en lo que se ha entendido tradicionalmente durante tantos siglos como pecado original.

Por otra parte, el deseo de ser, la capacidad de ir hacia el otro, de entrar en el misterio de la comunión, el deseo de universalidad como respuesta a la desgracia y la angustia humana se asume como el lugar en donde cobra sentido el misterio el misterio de Cristo; todo ser humano es, en su esencia, una experiencia de comunión, visible desde la amistad hasta la oración. Desde aquí se comprende al hombre como imagen de Dios llamada a realizarse en la libre comunión con Cristo. Comunión, experiencia de comunión vivida desde la parte más profunda de sí mismo, desde lo más esencial de la persona: el corazón cordial desde donde se da el fuego de la gracia, desde donde la persona se unifica y se abre, se descubre a sí misma como persona y como imagen de Dios; pues quien se descubre, toma conciencia de que no existe verdaderamente sino unido al misterio de la comunión.

A este misterio se llega mediante la oración no sólo de manera personal, sino comunitaria (para ello es necesario la liturgia tan importante en Taizé), en tanto en cuanto es la oración el centro de la experiencia de comunión. En la oración el ser humano descubre que la palabra «Dios» es algo más que una palabra, es una experiencia sentida. En la oración la confianza se renueva; es allí donde confiamos las preocupaciones e inquietudes a Dios, en donde el muro construido con nuestros problemas, preocupaciones e inquietudes se rompe ante la convicción de que en el fondo de las cosas no está la Nada, que Dios existe y me ama. En la oración el hombre se abre a la misericordia, a la salvación que por medio de ella se le ofrece. Así se reza por todo y por todos, pues aunque en el corazón de Dios el mundo está salvado, ha-

ce falta que las personas se abran libremente a esta salvación que se les ofrece por medio de la oración.

De aquí parte lo que entendemos que es —y que debería ser— la Oración de la Iglesia, la Iglesia misma como comunidad de oración y acogida, como Iglesia de Pentecostés que se va difundiendo poco a poco por la sociedad mediante las oraciones, los encuentros. Iglesia del Espíritu Santo que se consagra lo que cada uno tiene de absolutamente único, abriendo un espacio infinito a su libertad creadora concentrada en la escucha de este amor, de esta comunión que es el Misterio de Cristo. En definitiva: Iglesia como parábola de comunión nunca plenamente realizada pero que va en busca de la reconciliación por medio de la vida en común, por medio de la santidad del hermano, por medio de la comunión de los Santos; Iglesia indivisa, la Iglesia de Pentecostés, Iglesia a la escucha, reconciliada y conciliadora, límpido reflejo de un Amor; Iglesia como laboratorio de eternidad en medio de la Historia.

En esta línea, quizá la labor, el carisma de Taizé en el seno de la Iglesia y de la sociedad en que vivimos, sea la de presentarnos un modelo de vida «alternativo» a la vez que tradicional, siempre nuevo: el modelo monástico, el modelo representado por una serie de personas, por una comunidad de oración sumergida en la multitud, en la sociedad y el servicio mutuo, y a la vez abierta a Dios y a los otros por medio de una vida espiritual, de escucha y de acogida desinteresada.

### **El «Encuentro» de Barcelona**

La celebración, el próximo invierno, del encuentro europeo de Taizé en Barcelona supone una buena oportunidad para hacernos tomar

conciencia no solo de lo que supone la existencia de un sitio como Taizé para una nueva comprensión de un cristianismo ilusionante; sino también debiese impulsarnos a preguntarnos la capacidad que tiene la comunidad o la Iglesia a que pertenecemos a la hora de transmitir un misterio, una profundidad, una paz que se supone debería existir en una comunidad impulsada por una vivencia de lo que es la oración y la acogida; si somos capaces los que nos hacemos llamar cristianos de impulsar una nueva forma de entender la Realidad basada en una intuición creadora capaz de buscar una manera de crecer y desarrollarse acorde con el «espíritu de los tiempos».

Al final del camino nos encontramos con la pregunta que, por lo menos de un tiempo a esta parte, va tomando cada vez más cuerpo, más importancia: ¿estamos al principio de una nueva época en la comprensión del mensaje de Cristo o, por lo contrario, nos acercamos a pasos agigantados a la disolución de «lo cristiano» cuando menos en nuestro continente?

Desde lo que supone Taizé creemos que es casi un deber apostar por un futuro en el que los nuevos cristianos sean portadores de paz, confianza y reconciliación allá donde estén, allá donde la división exista, allá donde el horror y la muerte campen a sus anchas. Un nuevo cristiano que asuma la crisis de confianza aceptando nuevas responsabilidades para que la Confianza crezca sin premeditación, como un organismo vivo, como un fermento basado en un Amor más fuerte que la muerte; asumiendo toda aportación, todo cuestionamiento, abriendo nuevos caminos a lo humano para todos aquéllos que parten de una concepción impersonal de la Realidad, y presentando al Dios hecho hombre a todos aquellos a quienes busquen esperanzados un futuro mejor para el ser humano.